



por *Trinidad Noguera*

La Ruta del Quijote

Al escoger a La Mancha como escenario de las andanzas de Don Quijote, Cervantes puso esta tierra ante los ojos del mundo. La inmortalidad de la obra se extendió al lugar donde se enmarca, a sus gentes, a sus costumbres. La Mancha de Cervantes es una estilización de la sociedad española de su tiempo, pero no se queda en el localismo estrecho del aquí y el ahora. Aún hoy podemos seguir reconociéndonos en ella. Por eso la iniciativa de la Asociación «Ciudad Real Quijote 2000» es especialmente hermosa: revivir los episodios del Quijote mediante un reencuentro del héroe y su paisaje. El 450 aniversario del nacimiento de Cervantes sirve de excusa para que el ingenioso hidalgo tropiece de nuevo con sus molinos, o para que su escudero disfrute de unos duelos y quebrantos y una bota de buen vino. Eso sí, esta vez, acompañados del cariño y la comprensión de esos otros personajes de la obra que somos los manchegos. La poesía, la danza y la hospitalidad de las gentes han dado estos días la bienvenida a quienes en la novela eran recibidos con palos y con burlas.

Pero, por otro lado, esta iniciativa parece síntoma de que algunas inercias heredadas de nuestra historia reciente se han superado. Como todos los regímenes autoritarios, a falta de mejor fuente de legitimidad, el franquismo se apropió de las costumbres, el arte y los símbolos del pueblo para ganarse su apoyo. Las fiestas, el folklore,



e incluso ciertas obras literarias (el propio Quijote) y figuras históricas (como los Reyes Católicos) fueron indebidamente transformadas en elementos de exaltación de una patria que se quería hacer coincidir sin más con el régimen y su caudillo. Después de la Transición, muchas personas comprometidas con la democracia no se sintieron capaces de diferenciar la dictadura, que rechazaban, de aquellos símbolos de los que se rodeó, manipulándolos y robándoles su sentido original. De ahí que muchas tradiciones populares estuvieron durante algún tiempo casi en peligro de perderse. Gracias al esfuerzo de algunas personas -entre ellas nuestros conciudadanos de «Manuel de Falla»-, pudieron mantenerse a salvo del olvido. Estos días, el reencuentro entre el Quijote y su paisaje son una señal más de que los fantasmas ya añejos se están disipando, de que el pueblo vuelve a ser dueño de sus tradiciones y de su historia, ahora ya libre de identificaciones forzadas y excluyentes. Nuestra cultura es hoy, como debió haber sido siempre, de todos.

Lda. en Ciencias Políticas

N. de R.: En el pasado número, como el lector pudo observar, bajo esta misma cabecera fue repetido el artículo de la página que le precedía. Rogamos disculpas por ese error de imprenta ajeno a esta redacción.